

DIARIO DE DANIEL

Esta es la época más dura de mi vida. Las sesiones de quimio y radioterapia me dejan exhausto. A mis cinco años de edad, el rasgo más característico de mi anatomía es mi cabeza calva, como las canicas con las que jugaba con mis compañeros en el recreo del colegio. Cuando empecé a perder el pelo me asusté un poco, pero me tranquilicé cuando me dijeron que me volvería a salir más adelante.

El primer día de sesión, el médico me explicó que yo tenía unas células malas que atacaban a las buenas y que lo que me iban a administrar era comida para esas células buenas para que tuvieran fuerzas para ganar a las malas. Me imagino a dos ejércitos en miniatura peleando dentro de mí y los doctores mandando refuerzos a los buenos de la película. En cierto modo, es emocionante, pero la verdad es que después de cada sesión en el hospital, me siento muy mal, con náuseas y vómitos y en cuanto pasan unas semanas y me recupero, vuelta otra vez a lo mismo.

En la última visita al doctor, nos ha citado en su despacho. Después de hablar un poco conmigo y regalarme unos caramelos, me ha dicho que ya puedo salir a la sala de espera donde hay un montón de juguetes. Uno de los que más me gusta es un coche de madera que rueda muy bien. Al hacerlo rodar por el suelo, el cochecito se ha acercado a la puerta del despacho del médico y yo me he aproximado para recogerlo. La puerta ha quedado un poco abierta con una mínima rendija. En ese momento he escuchado a mi madre preguntar:

– Doctor, ¿hay remedio?

No he escuchado al médico responderle, por lo que me imagino que le habrá hecho algun gesto. Después ha sido la voz de mi padre la que he escuchado:

– ¿Cuánto le queda?

Esta vez el doctor sí ha respondido:

– Tres o cuatro meses, a lo sumo, seis.

Loco de contento, he vuelto al centro de la sala con el juguete pensando en que dentro de poco acabará esta tortura y ya podré ir a jugar con mis amigos y al colegio con todos mis compañeros. Podré saltar y correr sin tener que soportar las incómodas sesiones en el hospital. Ya me estaba cansando de jugar con el coche cuando al fin he visto salir a mis padres. Él pasaba el brazo por los hombros de mi madre, que tenía los ojos hinchados. Supongo que habrá llorado de alegría al saber que esto va a terminar pronto.

Después de este día, aunque las sesiones continúan igual que antes, me he propuesto tomármelo todo con la máxima alegría posible, jugando con mis padres, gastándoles bromas y riendo a todas horas siempre que el cuerpo me lo permite. Algunas noches, si me despierto, escucho los sollozos apagados de mi madre

desde su cama. A mi padre no le oigo, pero una de esas noches me he levantado con sed a beber un vaso de leche a la cocina y al pasar frente al salón, le he visto muy serio de perfil sentado en un sillón. Por su mejilla baja una lágrima que desaparece en el cuello de su pijama. No quiero interrumpir su alegría y continúo hacia la nevera. Al cerrar la puerta hago algo de ruido y cuando estoy bebiendo la leche veo a mi padre acercarse con las mejillas ya secas y me abraza sin decir nada. Pienso que está tan ansioso como yo de que todo esto acabe.

Las siguientes sesiones son muy duras, pero en cuanto me repongo de cada una de ellas, vuelven a mí el optimismo y las ganas de vivir. Intento transmitirselas a mis padres, pero parece que a ellos les cuesta un poco más ver el final de esta mala temporada. Algunos amiguitos vienen a visitarme. La primera impresión es fuerte al ver mi cabeza totalmente carente de pelo, pero enseguida volvemos a jugar a algo que yo pueda hacer desde mi cama. Sus papás me tratan con más cariño que antes, algunos con cara triste. Parece que no se dan cuenta de que pronto volveré a jugar con sus hijos en la calle y con todo mi pelo en la cabeza.

Algunos de los que vienen a visitarme, suelen decirme cosas que muchas veces no entiendo. Mi tía de veinte años, por ejemplo, me ha dicho:

- Con lo que tienes y viendo tu sonrisa, me siento ridícula cuando recuerdo que cuando me dejó mi novio decía que me quería morir.

El papá de uno de mis amigos me ha dicho en otra ocasión:

- Tienes un superhéroe dentro de tu corazón. Él te va a ayudar a ganar la batalla.

Al momento ha venido a mi mente la lucha de las células buenas contra las malas y me he sentido bien sabiendo que el superhéroe está de parte de las buenas.

He tenido una recaída y me siento peor que nunca. Permanezco más tiempo en el hospital que otras veces. Me pregunto qué me está pasando. ¿Será que las células malas están contraatacando? ¿Cuándo va a salir por fin el superhéroe del corazón donde se refugia? Mis padres no se separan un momento de mi cama y me da la impresión de que sus disimuladas lágrimas ya no son de alegría. A pesar del malestar que siento, intento mostrarme alegre y animarles. Le he oído al doctor decirles que están haciendo un último intento y eso me da ánimos, pues pienso en que a lo mejor será la última vez que tenga que someterme a este desagradable trance, en que pronto podré salir ya curado de aquí.

A día de hoy, veinte años después de esta mala época, he conseguido licenciarme en medicina y he conseguido providencialmente una plaza en el mismo hospital en el que superé mi enfermedad. Ahora puedo ejercer orgullosamente mi profesión en mi especialidad: oncología pediátrica. Espero conseguir muchos milagros como el que mi doctor logró conmigo. Y, por cierto, luzco una sedosa melena que cuando trabajo me recojo en una larga coleta.